

LA HERRAMIENTA MÁS VALIOSA DE UNA POTENCIA NAVAL: LA PROYECCIÓN DEL PODER EN LA ZONA LITORAL

Samuel MORALES MORALES



SISTIMOS durante los últimos años a una vertiginosa configuración del espacio de seguridad en el ámbito internacional. El auge de nacionalismos de carácter exacerbado, los movimientos terroristas de ámbito global, la proliferación de actores no estatales, la paulatina pérdida de influencia y representatividad del sistema internacional creado tras la Segunda Guerra Mundial y un incipiente mundo multipolar son algunos de los acontecimientos que configuran la cambiante realidad internacional en nuestros días.

La incertidumbre sobre la evolución de los acontecimientos futuros y la interdependencia entre las acciones y omisiones de los diferentes actores se presentan como dos de las principales características que influyen en nuestra percepción de un mundo que, como consecuencia de la globalización y el auge de las nuevas tecnologías, se encuentra cada vez más conectado.

En este entorno cambiante parece haber resurgido, si es que alguna vez nos abandonó del todo, una disciplina obviada durante los últimos años, la geopolítica. Esta, en la concepción de la escuela germana de la *Geopolitik*, se entiende como la necesidad de controlar ciertos espacios para aumentar el poder o garantizar la supervivencia.

Las operaciones estadounidenses en Irak y Afganistán, la irrupción en Oriente Medio de *Al Dawa al Islamiya fil Iraq wal' Sham* (Daesh) o la anexión de la península de Crimea por parte de Rusia parecen devolver a la actualidad

las teorías geopolíticas del inglés Halford John Mackinder. Por otra parte, la reorientación estratégica de los Estados Unidos hacia el Pacífico, la creciente tensión en el mar de China e incluso las intenciones de Rusia de dotar a su Marina de Guerra de dos grupos navales expedicionarios en el medio plazo, alientan a los defensores del estratega estadounidense Alfred Thayer Mahan a renovar su creencia en el regreso de la supremacía del Poder Naval en el ámbito de la geopolítica.

A lo largo de este estudio se abordarán, de modo subjetivo, algunas de las características que influyen en la reconfiguración del Poder Naval en el siglo XXI y su influencia sobre la zona litoral.

La proyección del Poder Naval sobre el litoral

El general británico Rupert Smith, comandante en jefe adjunto de las Fuerzas Aliadas en Europa (SACEUR) entre los años 1998 a 2001, afirma en su libro *The Utility of the Force* que el paradigma de la guerra contemporánea ha evolucionado desde un concepto de «guerra industrial», donde el reto era quebrar la voluntad del adversario para luego determinar el resultado y llegar a la salida política deseada, hacia un nuevo concepto de «guerra en medio de la población», donde el objetivo es modificar las intenciones, o captar la voluntad, no solo del adversario, sino también de la población de la zona de operaciones.

La fuerza militar, más que para zanjar una controversia política, se emplea cada vez con más frecuencia para establecer las condiciones en las cuales el objetivo político podrá lograrse. De forma paulatina se ha producido una evolución en los conceptos de paz y guerra, dejando atrás el tiempo en que la paz se comprendía como la ausencia de guerra y los acontecimientos se encadenaban siguiendo un proceso lineal que pasaba por los estadios de paz, crisis, guerra y acuerdo, para volver a la situación de paz. El mundo actual se caracteriza por enfrentamientos continuos en los que los adversarios buscan influenciarse mutuamente, incluso mediante acciones de carácter político desarrolladas con herramientas militares que necesariamente se deben ejecutar en concordancia con el resto de medidas que implemente el Gobierno con intención de lograr una ventaja en el enfrentamiento.

A la vista de las movilizaciones sociales ocurridas en el año 2011 durante las revueltas árabes, y más recientemente en Asia durante la conocida como Revolución de los Paraguas de 2014, los hechos parecen dar la razón a la teoría evolutiva del conflicto planteada por el general Smith, y por lo tanto se puede inferir que la mayor probabilidad de conflictos en el futuro se desarrollará en aquellas áreas donde se producen las mayores concentraciones humanas, estando estas localizadas en el espacio geográfico delimitado entre la costa y aproximadamente las doscientas millas de profundidad, donde se

encuentra incluida la denominada zona litoral y se localizan las principales megaciudades y los centros de distribución de servicios a nivel mundial.

Milan Vego, destacado autor sobre el arte operacional en el ámbito marítimo y profesor en el Naval War College de los Estados Unidos, afirma que la proyección del Poder Naval sobre tierra consiste, fundamentalmente, en tener la libertad de acción para que nuestras fuerzas puedan atacar a blancos de la costa en momento y lugar no esperados por el enemigo. Esta capacidad, afirma, es la herramienta más valiosa que puede tener una potencia naval, sin la cual su potencial puede ser considerado sensiblemente disminuido.

Al hacer abordar la proyección del Poder Naval sobre tierra se hace referencia constante al concepto de litoral. El propio Concepto de Operaciones Navales, publicado por la Armada española en enero de 2015 con el objeto de «...servir como guía para el empleo de la Fuerza Naval», hace referencia de forma reiterada a este concepto, especialmente al desarrollar las operaciones de control del mar, donde diferencia entre el acceso a un teatro litoral y la zona litoral, todo ello sin facilitar una definición concreta de lo que se entiende por litoral, proporcionando de esta manera un limitado apoyo en este aspecto al planeamiento y ejecución de las operaciones de proyección sobre tierra.

Su indeterminación puede ser motivo de malentendidos entre los diferentes componentes y provocar un empleo deficiente de unas capacidades únicas, las anfibas. Aún peor, esta indefinición puede dar lugar a que se limite la proyección del Poder Naval sobre tierra al entorno geográfico cercano a la costa, restringir el empleo de estas capacidades en áreas de operaciones en las que podrían actuar de forma efectiva, alejadas de la costa pero dentro del espacio litoral, o afectar al proceso de determinación y adquisición de capacidades.

Este empleo efectivo de la proyección del Poder Naval, basado en unas capacidades de proyección únicas, fue ejemplificado durante el conflicto de Afganistán cuando las primeras fuerzas convencionales sobre el terreno en 2001 fueron proyectadas desde el océano Índico, manteniendo una reserva embarcada. Si bien este hecho no es extrapolable, no solamente por capacidad técnica, sino fundamentalmente por mentalidad en la preparación de la fuerza y planeamiento de las operaciones, sí proporciona un claro ejemplo de la proyección del Poder Naval sobre tierra.

La definición del concepto litoral no es baladí, ni tampoco está exenta de dificultad, ya que se relaciona directamente con las capacidades propias. Litoral significa «costa» o «perteneciente a la costa». Sin embargo, su significado, en la práctica, tiene importantes diferencias. Para la Marina de los Estados Unidos el concepto de litoral está relacionado con la capacidad de influir en los acontecimientos mediante la proyección de fuerza sobre tierra. Oficialmente los Estados Unidos dividen el concepto litoral en dos partes: la marítima, que es la zona comprendida entre el mar abierto y la costa, que debe ser controlada para apoyar las operaciones en tierra, y la terrestre, que es la zona en tierra que debe ser apoyada y defendida directamente desde la mar.

Esta aproximación a su definición muestra la importancia de determinar, en apoyo al planeamiento y ejecución de las operaciones y de acuerdo a las capacidades propias en cada momento, la zona geográfica comprendida dentro del concepto de litoral, evitando con ello indefiniciones o ambigüedades. De forma general, el concepto de litoral podría ser entendido por una marina que posea unas capacidades importantes como la franja de mar u océano que debe controlar para poder apoyar las operaciones en tierra, mientras que para una marina de capacidades más limitadas, el litoral comprendería la franja terrestre que se puede apoyar y defender directamente desde el mar. Su delimitación, en función de las capacidades disponibles para proyectar el Poder Naval sobre tierra, contribuye a determinar las zonas de acción de los diferentes componentes implicados.

No debe obviarse que para que un Poder Naval sea realmente resolutivo en un entorno litoral tiene que proyectarse en tierra, lo que es una de las tareas que posee mayor complejidad para cualquier marina de guerra, pero que de forma simultánea proporciona unas notables capacidades de prevención y disuasión; ampliadas por la evitación de las restricciones e imposiciones a que obligan las dependencias derivadas de los necesarios permisos de sobrevuelo de terceros países o de apoyo de nación anfitriona.

Las operaciones anfibas en la zona litoral

El renacido interés por la proyección del Poder Naval sobre tierra tras la Operación UNIFIED PROTECTION en Libia, la incorrecta interpretación del concepto *no boots on the ground*, pero fundamentalmente el regreso de las concepciones basadas en la teoría geopolítica del control del mar, a raíz del incremento de la tensión en el mar de China, hacen necesario citar de forma somera algunas de las teorías existentes sobre esta línea de pensamiento.

Sin lugar a dudas el teórico más conocido es el geopolítico estadounidense Alfred Thayer Mahan, cuya mayor contribución, materializada en su obra *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, se centró en vincular el Poder Naval con los intereses del Estado materializados en la voluntad nacional, los intereses vitales, la influencia en la esfera internacional y su contribución para mostrar una firme voluntad y decisión nacional.

Por otra parte, el vicealmirante inglés Philip Colomb, coetáneo de Mahan y gran olvidado en las enseñanzas del pensamiento estratégico en España, publicó en 1891 su obra *Naval Warfare*, en la que se alejaba de la visión romántica del combate naval decisivo para adentrarse directamente en la proyección del Poder Naval sobre la costa. La escasa importancia concedida en la época a la proyección del Poder sobre tierra llevó a Garnet Wolseley, comandante en jefe del ejército británico en 1897, a afirmar: *We still have to convince the Navy that they cannot win a war by themselves and that we are not trying to nab the*

money they ought to have but want to make our power what it must be to be effective-amphibious.

Esta línea de pensamiento abrió el camino a toda una escuela de pensamiento inglesa sobre estrategia naval, representada por Julian Stafford Corbett y Charles Edward Callwell, que incorporaron las operaciones anfibia en el ámbito del Poder Naval y los intereses nacionales, lo que a la larga llevaría al Reino Unido a considerar sus capacidades anfibia como un elemento nuclear de su acción exterior. Corbett, como Colomb, también huyó del concepto de la batalla decisiva en beneficio de las operaciones ofensivas de carácter local, la proyección de fuerzas sobre la costa, la realización de bloqueos y las incursiones sobre las rutas comerciales enemigas. Por su parte Callwell, conocido como «el Clausewitz de la guerra colonial», afirmaba que las fuerzas anfibia, bajo determinadas condiciones, podían ejercer una gran influencia sobre un conflicto, debido a que las posibilidades de infligir un daño decisivo al enemigo se incrementaban mediante el uso de las capacidades anfibia frente el empleo de otras de carácter exclusivamente marítimo.

Las amplias posibilidades de la proyección del Poder Naval sobre la costa también fueron abordadas por Liddel Hart en su ensayo *The Value of the Amphibious Flexibility and Forces*, publicado en 1960; así como por Milan Vego en su obra *Estrategia Naval y operaciones en aguas restringidas*, publicada en 1999, y más recientemente en su ensayo *On Littoral Warfare*, que ha salido a la luz este mismo año.

Con lo expuesto hasta este momento, resulta evidente que uno de los principales medios para proyectar el Poder Naval sobre la costa se basa fundamentalmente en las operaciones anfibia, que se desarrollan durante un conflicto para conquistar una costa controlada por el enemigo y dar acceso a objetivos operacionales que se encuentra en el interior; también pueden ser desarrolladas para apoyar la progresión a lo largo de la zona litoral de las fuerzas propias de un componente terrestre, para anular o controlar un gran puerto o base naval enemiga, para impedir que el adversario haga lo mismo con nuestras propias bases o para cortar una vía de repliegue.

Además, la credibilidad de una fuerza anfibia también puede forzar a que el enemigo tenga que defender grandes extensiones de costa continental o de islas exteriores. Las ventajas de poseer una capacidad de amenaza anfibia creíble se constataron durante la Guerra del Golfo de 1991. El general Norman Schwarzkopf mantuvo a la 13.^a Unidad Expedicionaria del Cuerpo de Marines como elemento de decepción para los iraquíes, obligándoles a mantener un elevado número de fuerzas en Kuwait.

Las posibilidades que ofrece una capacidad anfibia creíble, tal como afirma Milan Vego, es una de las mejores virtudes que puede tener una marina de guerra, pues con ella obliga a una potencia terrestre a dedicar gran cantidad de fuerzas y mucha atención a la defensa de aquellas zonas de su costa susceptibles de sufrir un desembarco anfibia, consiguiendo así que deba tener

permanentemente fuerzas dedicadas a la defensa de sus costas e islas exteriores, aspecto que adquiere su verdadera dimensión si se considera la zona litoral y no exclusivamente la costa.

De una manera generalmente aceptada, se puede considerar que entre los factores necesarios para alcanzar el éxito en una operación anfibia se encuentran la sorpresa, la existencia de bases seguras cerca del área de operaciones, un sistema de mando y control muy integrado, una buena cooperación entre las tres instituciones armadas por su carácter eminentemente conjunto y unas fuerzas participantes con unos elevados niveles de adiestramiento y alistamiento. El carácter conjunto de las operaciones anfibias en la actualidad plantea una de las mayores amenazas para alcanzar el éxito de una operación, ya anticipada por Liddel Hart en su ensayo *The Value of the Amphibious Flexibility and Forces*, al afirmar que «El error más común en los desembarcos anfibios que con frecuencia condujo a fracasos fue el desconocimiento sobre las responsabilidades de cada ejército. Con demasiada frecuencia, los asaltos fracasaron o no dieron los resultados apetecidos debido a discusiones entre ejércitos que con sus distintos puntos de vista y lealtades bien podrían ser considerados los mejores aliados del enemigo».

La indispensable acción conjunta necesaria en las operaciones militares hace necesario considerar también la proyección del Poder Naval en apoyo de un esfuerzo realizado por un componente terrestre a través de la zona litoral. Este apoyo es una de las tareas operacionales y tácticas más importantes y a la vez más complicadas de organizar, planificar, preparar y ejecutar por las fuerzas navales y aéreas. El problema se agrava por la necesidad, a veces requerida, de que las fuerzas navales realicen otras misiones importantes en otra zona del área de operaciones, lo que refuerza la necesidad de contemplar una estructura operativa que fomente el principio de unidad de mando para garantizar una cooperación a todos los niveles entre los distintos componentes de las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, no debe obviarse la adaptación a nuevas tendencias e incluso la investigación y experimentación a nivel nacional para adaptar los elementos de la doctrina general de la OTAN a las verdaderas capacidades disponibles. En este sentido, el desarrollo de conceptos propios para, por ejemplo, desarrollar estructuras de mando más reducidas e integradas en determinadas operaciones anfibias, a similitud del modelo desarrollado por el *Combined Joint Operations from the Sea Centre of Excellence* en apoyo a la Marina holandesa, o el empleo de organizaciones operativas rápidamente desplegables, o incluso desplegadas con anticipación, de entidades reducidas pero organizadas para desarrollar cometidos limitados y una presencia avanzada que proporcione prevención o disuasión a potenciales amenazas, o constituirse como el elemento avanzado de una entidad mayor que una vez constituida contribuya a alcanzar objetivos de nivel operacional antes de proceder nuevamente a su dispersión.

La evolución del conflicto en los últimos años ha introducido objetivos con características más inmateriales y maleables, diferenciados de los objetivos concretos y materiales que fueron el concepto nuclear de la estrategia militar hace unos años. La finalidad en los conflictos venideros en el corto plazo se centrará en modificar las intenciones, ejercer un efecto disuasivo o lograr un entorno más seguro y estable, contribuyendo el uso de la fuerza a los esfuerzos desplegados para prevalecer en la confrontación de voluntades y así determinar el resultado del enfrentamiento, fundamentalmente ganando la voluntad de la población.

Esta evolución en el modelo del conflicto actual requiere un método de pensamiento innovador, que sepa adaptarse rápidamente a la incertidumbre que producen los cambios constantes de la situación. Las posibilidades de adaptación de las capacidades anfibas, bajo una metodología de pensamiento innovadora, es plasmada por John Collins en su artículo *The utility of amphibious forces in the 21.st century*, donde a modo de ejemplo muestra la flexibilidad de estas capacidades realizando una asimilación entre los conceptos doctrinales de demostración, raid, asalto y retirada anfibia con una operación de ayuda humanitaria, rescate de rehenes, ataque con helicópteros artillados o de evacuación de no combatientes respectivamente.

Desafíos y riesgos en la zona litoral

Para un país marítimo como España, condicionado por su situación geográfica y por las zonas de interés vital para la seguridad nacional establecidas por el Gobierno (1), consciente de las implicaciones que la seguridad tiene para su normal desarrollo como país y para el bienestar de sus ciudadanos, y con una limitada capacidad de proyección estratégica por vía aérea, el mantenimiento de una capacidad anfibia verosímil es una necesidad fundamental más que una opción posible.

Por otra lado, y a pesar del gran número de estudios existentes sobre la evolución de las operaciones anfibas durante la segunda mitad del siglo xx y el siglo xxi, resulta muy común entre la mayor parte de los profesionales de los Ejércitos y de la propia Armada, que al referirse a este tipo de operaciones se evoquen desembarcos como los acaecidos durante la Segunda Guerra Mundial en Normandía, Tarawa, Iwo Jima o Guadalcanal, por citar quizás los más conocidos, ignorando la evolución que han sufrido estas operaciones y el empleo llevado a cabo por otras potencias navales.

(1) La Estrategia de Seguridad Nacional vigente establece las zonas vitales para la seguridad nacional en el área geográfica comprendida entre el Mediterráneo y el Sahel y el golfo de Guinea y el Cuerno de África.

Con esta aproximación, que identifica las operaciones anfibias como un mero desembarco de tropas sobre una costa, se está obviando que gran parte de las operaciones que han sido llevadas a cabo tras la Segunda Guerra Mundial permitieron alcanzar efectos militares por sí mismas, proporcionando resultados desproporcionados en relación con la entidad de fuerzas empleadas a través de la explotación de factores como la sorpresa y el efecto de choque. Además, y según demuestran los análisis históricos desarrollados (2), el empleo de las capacidades anfibias se han constituido más como una herramienta política que puramente militar.

Sorprendentemente, el potencial político que poseen unas capacidades anfibias creíbles y alistadas, obviado en países con una larga trayectoria anfibia como España, es perfectamente asumido por un recién llegado a la arena anfibia como Australia, al establecer en su doctrina que sus fuerzas anfibias *provide government with a cost-effective option for shaping and influence the geopolitical environment*, lo que se alinea perfectamente con el hecho constatado, en aquellos países como el Reino Unido con una dilatada tradición en el empleo de sus fuerzas anfibias como herramienta de la política, de que un elevado número de las decisiones adoptadas en el nivel político-estratégico durante la gestión de una crisis, más que a un detallado proceso de planeamiento, responde a una decisión basada en la necesaria inmediatez de respuesta requerida por el nivel político.

Por otra parte, la presencia de actores estatales y no estatales y las nuevas amenazas, entre las que se pueden citar el auge de los medios de negación de área (3) y la capacidad de vigilancia proporcionada a través de tecnologías de carácter civil, harán necesario que la ejecución de las operaciones se desarrolle con un elevado nivel de descentralización, donde se necesitará aplicar el estilo alemán de *Führen mit Auftrag (mission command)*, evitando que el comandante del nivel operacional interfiera en las decisiones tácticas, a pesar de que los medios tecnológicos pueden llegar a proporcionar una percepción errónea de adecuada comprensión de la situación táctica.

Finalmente, no debe dejarse de lado la necesaria renovación de las capacidades existentes, o la adquisición de otras nuevas si fuese necesario, para poder enfrentar eficazmente las nuevas amenazas existentes. Estas capacidades, requeridas para actuar en la zona litoral, deben someterse a un proceso

(2) Para ampliar la información sobre análisis históricos del uso de operaciones anfibias se recomienda consultar: BENBOW, Tim: *British uses of Aircraft Carriers and Amphibious Ships: 1945-2010*. King's College, Londres. Marzo, 2012.

(3) En julio del año 2006 las milicias chífes de Hezbolá perpetraron el ataque a un buque de guerra israelí. Según fuentes militares israelíes, tuvo lugar con un avión no tripulado cargado con explosivos que impactó en la popa de una corbeta *Saar 5*. Recientemente, en el mes de julio de 2015, un buque de la Marina egipcia fue interceptado por un misil antitanque disparado desde tierra, ataque reivindicado por el grupo yihadista Provincia del Sinaí, afiliado a Daesh.

que priorice convenientemente su adquisición. La determinación del espacio litoral se hace una vez más necesaria para afrontar un planeamiento basado en capacidades que responda a las necesidades en los siguientes ámbitos:

- Conectores para el transporte de medios pesados por superficie, desde una distancia que proporcione seguridad a los buques anfibios frente al incremento de las capacidades de negación de área utilizadas por actores no estatales.
- Medios de transporte aéreo que aporten la profundidad, la velocidad, el volumen de tropas necesarios y la protección para desarrollar acciones de carácter decisivo en explotación del *momentum* que proporcione la evolución de la situación.
- Medios de apoyo de fuego que fomenten la acción conjunta mediante la integración con otros ejércitos y la exploración de nuevas posibilidades, como las que proporcionan los proyectiles guiados de artillería naval.

Conclusiones

Las operaciones anfibias, enjuiciadas subjetivamente, se caracterizarán en el futuro inmediato por cuatro elementos nucleares que son representados por la necesaria acción conjunta durante su ejecución, su inherente capacidad de proyectar poder sobre la zona litoral, la complejidad para llegar a comprender un entorno caracterizado por una creciente incertidumbre y la necesaria flexibilidad para adaptarse a este nuevo entorno.

Además, con la adecuada mentalidad, poseen la capacidad de constituir una herramienta de carácter político y no exclusivamente militar. No obstante, para ello es imprescindible disponer de unas capacidades anfibias creíbles, conformadas por fuerzas integradas e interoperables, que operan bajo una estructura de mando única y poseen un alto nivel de adiestramiento y disponibilidad.

Resulta obvio que el empleo de las capacidades anfibias exclusivamente para proyectarse sobre la costa con objeto realizar cometidos de entrada inicial en beneficio de otra fuerza o para alcanzar objetivos tácticos ejemplifica un pobre empleo de las potenciales capacidades que poseen unos medios anfibios creíbles.

La proyección del Poder Naval sobre la zona litoral requiere superar física y conceptualmente el concepto que representa la cabeza de playa para centrarse en dos objetivos principales. El primero, proporcionar una capacidad idónea para alcanzar efectos militares mediante su aplicación; el segundo, convertirse en una eventual herramienta de carácter político. La ambición de realizar esta evolución se debe fundamentar en una adaptación de la doctrina a

las amenazas existentes y en la adquisición de un nivel de alistamiento, adiestramiento y equipamiento adecuados para proyectarse de forma efectiva sobre el litoral.

Al abordar el equipamiento necesario para disponer de unas capacidades anfibas creíbles, bajo el criterio de la necesaria acción conjunta y la inevitable eficiencia en el empleo de los recursos económicos, no se pueden obviar aspectos como el apoyo sanitario, la logística, la letalidad y precisión de los medios disponibles, la posible duplicidad de capacidades existentes en otros ejércitos y el alcance de los medios de proyección. En este aspecto, consideraciones sustentadas en afirmaciones como «hacer lo mismo con menos» simplemente no proporcionan ninguna confianza.

Es indudable que no todas las capacidades poseen el mismo nivel de importancia, o que incluso siendo importantes no todas ellas pueden ser adquiridas en un entorno donde las inversiones en el ámbito de la seguridad y defensa serán escrutadas detalladamente por la ciudadanía. La crisis financiera que floreció en el año 2008 ha modificado y condicionado la distribución de los presupuestos y la aceptación por parte de la población de determinadas partidas presupuestarias, entre las que inevitablemente se encuentran las destinadas a la Defensa si estas son percibidas como un perjuicio de otras asociadas al mantenimiento del estado de bienestar alcanzado en las últimas décadas.

La adquisición de los medios necesarios deben sustentarse en un verdadero planeamiento de capacidades, que responda, entre otros aspectos, a los riesgos que enfrenta la seguridad nacional, a una eventual actuación en las zonas de interés vital definidas por el Gobierno y a la necesaria acción conjunta de las operaciones militares, también en la zona litoral. Planear un futuro de forma desalineada con los condicionantes del entorno y al margen de la realidad financiera solamente puede convertirse en la causa de un colapso en el medio plazo con consecuencias difíciles de valorar.

Para finalizar, es necesario valorar la necesaria capacidad de adaptación. En el creciente entorno de incertidumbre en el que se desarrollarán las operaciones militares en el futuro inmediato, será imprescindible adoptar un planteamiento y una disposición intelectual alejada de apriorismos. Como ha referido el ministro de Defensa en alguna ocasión, «Si quieres permanecer donde estás, tendrás que transformarte lo más rápido que puedas; si quieres mejorar, tendrás que hacerlo a doble velocidad». Quizás el problema más grave al que nos enfrentemos no sea la adquisición de nuevas capacidades, sino la falta de preparación mental para abandonar concepciones obsoletas e insostenibles que pueden llegar a impedir una adecuada anticipación de las respuestas necesarias ante las nuevas amenazas y escenarios, ya que vivimos en un mundo de enfrentamientos y conflictos permanentes, donde la herramienta militar debe utilizar medios diferentes para obtener el resultado buscado.